

Cataclismo

MARTHA FIGUEROA DE DUEÑAS

"Y vi los siete ángeles que estaban delante de Dios y les fueron dadas las siete trompetas..."

Empolvadas, húmedas, abandonadas, fueron surgiendo entre mis manos las cartas y fotografías tan celosamente guardadas. Al tomarlas fueron llenándose de ardor, de emoción, de placer, ya los recuerdos no eran tan lejanos, empezaron a brillar cobrando su propia vida, cada uno quería ser el principal, el más importante. Mi corazón latía acelerado, ahí estaba. La quise tapar como no viéndola, pero era inútil. Cerré los ojos, me llevé tu fotografía a mi pecho. Mis manos empezaron a disfrutar de este amor que me condena. Percibí el olor de la almohada, sentí el roce de la sábana; de tus muslos abiertos; de tu boca perfumándome todo el cuerpo y surcando por lugares insospechados, recorriendo, descubriendo oquedades húmedas, y solas. ¿A qué huele tu alma y de qué color es?

Recuerdo hace ya tantos años, nos miramos, tus ojos eran profundos y llenos de soledad. Me tomaste de la mano. Eras fuego. Me estremecí, el fuego es como tú, movimiento, actividad, pasión, perversión. Me dejé llevar olvidándome de todo alrededor, nos pusimos a bailar contorsionando nuestros cuerpos en un vaivén cadencioso al ritmo del fox-trot. La plática fue innecesaria, teníamos el lenguaje de la piel, de los poros, del aliento, del olfato; de las manos, los ojos, la boca y de todo nuestro ser. Éste debe de ser el éxtasis que todos anhelamos. Los perfumes se unieron al igual que los cuerpos y nos fundimos en una eternidad en la que sigues anidando, habitando con ingratitudes, castigos, desprecios, ausencias y, tu ausencia.

José María nadaba todos los días como lo ordenara el doctor. A la misma hora, el mismo tiempo, la misma temperatura del agua; siempre con la misma risa. Siempre la misma monotonía. Siempre la misma amargura hasta que llegaste tú que cambié mi vida. ¿Por qué no me escuchaste? Sólo se tenía que conectar un alambre con el otro, ya había pasado antes, a veces ocurren accidentes, éste podría ser uno de ellos. ¿Por qué no? Era sólo cuestión de minutos, rápido, fugaz y certero. Sin detenciones. Sin rupturas sin reproches.

Ya no le podía ayudar, ya nadie le podía ayudar. El de la tienda me dijo –"con una cucharadita de este polvo y va a ver que no queda un solo animal; si no sirve le devuelvo su dinero". Y tú pusiste todo en un poco de alcohol. Llenaste la hipodérmica, y fuiste hacia él. Suave, tranquilo, con esa mirada llena de soledad. ¡Quién resiste tu magia, tu encanto! Levantaste la manga de su camisa, –él confiaba en ti– pulsaste su vena y sin brusquedad le regalaste hasta la última gota del líquido blanquecino. Su cuerpo se tornó rosado, renació a la luz, ¿metamorfosis? ¿Manifestaciones de vida? Sopló el viento y vi los siete ángeles que estaban delante de Dios".

Sola grité con todos los poros de mi cuerpo ¡estás vivo!, ¡estás vivo!

Cómo olvidar tus manos que paseaban por mi cuerpo sintiendo por cada dedo vibraciones insospechadas. Tu respirar que me emociona, el color de tus ojos semejando gotas de aceite en el pavimento, y tu boca, tu boca que al sólo roce con la mía me hacía desvanecer. Su muerte fue innecesaria ahora la eterna soledad. Mutilación de los sentimientos, caos, para ser sometidos al juicio final no a la resurrección inexistente a la realidad.

Los ángeles sonaron sus siete trompetas

"Y vi los muertos, grandes y pequeños, que estaban delante de Dios..."